

tian dos personas en el Hijo de Dios hecho hombre. A fuerza de estrechar el error, y de querer ser puntual en los términos, llegó á decir que las dos naturalezas distinguidas ántes de la operacion, por la qual habia el Verbo Eterno encarnado, no habian formado despues mas que un mismo ser, una misma substancia; y que se habian unido la una con la otra, y identificado, al modo que dos gotas de agua, juntándose y tocándose no forman sino una por la union.

Eutichês tenia un dominio absoluto sobre los monges, cuya profesion honraba con su crédito y esplendor de reputacion, y así penetrados de su doctrina acomodaban de tal suerte el catolicismo á las expresiones de que él los habia acostumbrado á servirse, que los miraban como la única piedra de toque, propia para discernir al católico del nestoriano. Estos hombres ociosos, que por su soledad eran aferrados y duros, habian dexado por la contemplacion y dialéctica el trabajo de manos, y los demas exercicios penosos de los antiguos monges, y estaban prontos á defender á su maestro, contra qualquiera que osase impugnarle, á riesgo de poner fuego á la Iglesia y al imperio, por sostener unas opiniones, que en su estimacion eran lo mas precioso y sagrado que habia en la fe.

Mas luego se delató la doctrina de Eutichês á los jueces de la fe en el concilio que se juntó en Constantinopla año 448, adonde habiendo sido citado muchas veces á comparecer, y negándose siempre con pretextos falsos, al cabo se presentó, y confesó su doctrina, la que sostuvo como sana y ortodoxá; por lo qual le condenaron como á herege, le degradaron del sacerdocio, le desposeyeron del gobierno de su monasterio, y le excomulgaron. Bien se dexa comprehender quán sensible habrá sido este golpe para los monges sus discípulos, quántos clamores esparcirian, y á quántas inteligencias secretas no se aplicarian. Prevenido en favor de Eutichês el emperador, que era Teodosio el Joven, y no pudiendo creer que un hombre al parecer tan virtuoso, fuese un heresiarca, le concedió la revision de todo lo obrado contra él en el concilio de Constantinopla, y convocó á este efecto un sínodo universal en Efeso para el mes de Abril del año siguiente.

Es menester considerar con atencion lo que ha sucedido en él, que se podrá tener acaso por la escena mas

horrible que haya representado el error, el fanatismo y la o adia. No se puede pensar cómo unos hombres consagrados al Dios de la paz y de la santidad en la sublime dignidad de obispos pudieron propasarse á las atrocidades que allí se cometieron. Presidió el sínodo Dióscoro, patriarca de Alexandría, hombre fiero y precipitado, amigo de Eutichês, y favorable á su doctrina, y le autorizaba Chrisapho, primer ministro de Teodosio, que era otro amigo del monge proscrito, cortesano poco instruido en materias teológicas, y envanecido con su poder. Citaron á san Flaviano patriarca de Constantinopla, que habia condenado á Eutichês, y á Eusebio obispo de Dorylea, quien le habia delatado, y los depusieron sin quererlos oír, sin miramiento alguno á las demandas de los legados enviados por el papa san Leon, quien reclamaron la observancia de los cánones, y sin dar lugar á que se leyese la carta que llevaban del pontífice dirigida al concilio. Eutichês no retrató sus errores, ni ménos justificó su doctrina, ni hizo otra gestion que la de presentar un memorial, en que declaraba atenerse á la fe del concilio de Nicea confirmada en Efeso; y sin mas declaracion, le restablecieron en el sacerdocio y en la abadía. Y porque los obispos no querian firmar estas actas en que se habian quebrantado todas las reglas, mandaron para precisarlos entrar soldados armados, quienes los maltrataron, sin respetar á los legados del papa. San Flaviano fué derribado por el suelo, y atropellado con los pies, de cuyos golpes murió de allí á pocos dias. Tal fué la conducta y el fin del sínodo de Efeso, que siempre serán vergonzosos para los que fueron sus cabezas, y él conocido justisimamente por el nombre de *latrocinio de Efeso*. No obstante, Teodosio engañado por los que andaban cerca de su persona, expidió un edicto para confirmar este pretendido concilio, y prescribir la observacion de sus decretos.

Las circunstancias de un tal acontecimiento no podian quedar en silencio, y el triunfo de la iniquidad debia cesar desde que se supiesen los medios odiosos de que se habian servido. En efecto, el papa san Leon supo lo que acababa de acaecer en Efeso por el arcediano Hilario, que fué el único de sus legados que pudo escapar. Qué sentimiento para la cabeza de la Iglesia viendo en peligro la fe, los sagrados cánones atropellados, y á los que habian

de ser el ornamento del sacerdocio, executando con sus hermanos violencias que aun no sería fácil perdonar á los bárbaros! Qué partido debia tomar en ocasion tan peligrosa y extraña? Excomulgaria á los autores del mal, gente acreditada y furiosa? Juntaria un concilio de todo el Occidente, que parecia estar arrastrado del error? Y se contentaria con hacer un decreto acerca del dogma, para fixar el verdadero sentido de los términos, y precaver el abuso que todo lo confunde, alargando las disputas para siempre? Por todo veia peligro en el punto en que los ingenios se habian acalorado. Llegó en fin á desconfiar de su misma prudencia, y puso toda su esperanza en las promesas de Jesu-christo, que vela sobre su Iglesia, y envia quando quiere la calma en lo mas recio de la tempestad. Dios fué la guía de su prudencia, inspirándole que juntasen en Roma á los obispos de Italia, y tornase á asegurar la verdad por una decision conforme á la tradicion de la iglesia Romana. Y por consiguiente escribió cartas muy patéticas á Teodosio, á santa Pulchéria su hermana, y á Valentiniano III, para excitar en ellos la piedad, y empeñarlos por los mas fuertes motivos á que acudiesen al socorro de la Iglesia, en tiempo que la fe se hallaba vigorosamente combatida. Lo que el papa deseaba era un concilio general en el Occidente, adonde no habian penetrado las pasiones y rivalidades que turbaban el Oriente, pero no lo pudo conseguir.

Despues que muerto Teodosio II subió al trono imperial del Oriente Marciano, comenzaron las cosas á mudar de semblante, y cobró valor el partido favorable á la verdad debaxo de un príncipe zeloso por la fe, que no ignoraba la extension de su poder. Aprovechó cuerdamente este primer instante de tranquilidad Anatolio patriarca de Constantinopla, en donde se tuvo un concilio en presencia de los legados del papa, y algunos obispos, que con él habian tomado partido en el *latrocinio de Éfeso*: los quales remediaron esta flaqueza, y pronunciaron contra Eutichés el anatema, volviendo á entrar en la comunión de la santa Sede. Este concilio preparó los medios para el de Calcedonia convocado por el emperador Marciano en el año 451, y abierto en 8 de Octubre, cuyas operaciones conduce mucho seguir con alguna *menudencia*.

La ciudad de Calcedonia, en donde fué celebrado, era una de las mas florecientes de la Propóntide, enfrente aunque á alguna distancia de Constantinopla, de la qual está separada solamente por el Bosphoro. Los obispos se juntaron en el templo de santa Eufemia, famoso por los milagros que Dios ha hecho en él, por la belleza de su arquitectura, y la extension de su fábrica. No se sabe de cierto el número puntual de los padres de que se compuso; pero de muchos monumentos de este siglo resulta que hubo mas de seiscientos, bien que de los que subscribieron, solo conocemos como unos trescientos y cincuenta. El primer objeto de los prelados que componian esta venerable asamblea fué reglar de un modo inalterable lo perteneciente á la fe: para todo lo qual sirvió de fundamento la carta que san Leon papa escribió á san Flaviano. Allí se trató la materia de la Encarnacion con toda la claridad y precision que puede tratarse un misterio tan profundo, tanto que el concilio pleno en la segunda sesion la elogió exclamando repetidas veces por estas palabras: *Pedro es el que ha hablado en boca de Leon*. Hicieron la definicion de la fe diez y siete obispos comisionados y elegidos para este fin, presididos de los legados del papa, y de Anatolio de Constantinopla; y fué recibida y firmada unánimemente en la sesion sexta el día 25 de Octubre, en presencia del emperador Marciano, quien arengó al concilio, y se congratuló de haber contribuido á la conservacion de la fe, y al triunfo de la Iglesia, empleando en ella su legítima autoridad á exemplo del gran Constantino. La definicion decia *que*: Jesu-christo hijo de Dios perfecto en su divinidad, y perfecto en su humanidad, es consubstancial á Dios segun la divinidad, y consubstancial á los hombres segun la humanidad: *que* hay en él dos naturalezas unidas sin transmutacion ni confusion: *que* estas dos naturalezas subsisten en una misma persona, de tal suerte, que las propiedades de la una y de la otra son comunes á esta sola y única hipóstasis: *que* esta union de las dos naturalezas en la persona del Verbo no es una simple afeccion de la una hácia la otra, ni una conformidad de voluntades y de deseos, ni solamente una presencia, ni una habitacion del Verbo en la humanidad, sino una union verdadera, indisoluble y hipostática: *y en fin que* de estas dos naturalezas así uni-

das resulta un solo Jesu-christo engendrado por Dios ántes de todos los siglos, y nacido de María en el tiempo, igual en todo á Dios por su generacion eterna, y asimismo igual en todo á los hombres por su nacimiento temporal, excepto el pecado. En este decreto está explicado el dogma en términos claros y sin equivocacion; la fe pronunciada en un modo sencillo y fácil de entender, y el anatema fulminado contra el error hiere á un mismo tiempo al nestorianismo, que supone dos personas, donde no hay mas que una; y al eutihianismo, que no quiere reconocer mas de una naturaleza donde hay dos. El gran papa san Leon, aunque ausente, fué el alma de esta augusta asamblea; él la presidió por medio de sus legados, y á él se debió la gloria de este decreto doctrinal, cuya substancia y pruebas habia prevenido en la admirable carta que escribió á san Flaviano.

Despues del concilio de Calcedonia se ha visto quantos progresos habia hecho el error de Eutihês entre los monges orientales, y cuánto se habian alejado ya del espíritu primitivo de su instituto estos hombres tan respetables, mientras que se habian conservado en la humildad de su estado, en la oracion, en el trabajo de sus manos, en su retiro, y en la simplicidad christiana. Pues no solamente se negaron á subscribir al juicio de los obispos, sino que se metieron á predicantes sediciosos, y por su inquietud y fanatismo llevaron á todas partes el escándalo y la confusion, tanto que los males de la Iglesia se aumentaron en el Oriente, á pesar del remedio que aplicaron las dos potestades para destruirlos.

Es cierto que despues de haber sido condenado Eutihês, depuesto, sacado de su monasterio, y desterrado por el emperador, no se acordaba ya nadie de él, y la historia pasa en silencio su existencia, su muerte desde el año 454; pero su partido, que era sobremanera grande, cada dia se hacia mas temible por aquel espíritu de obstinacion y de violencia que habia recibido de él, y que era el carácter dominante de la secta. Eudoxia, viuda de Teodosio II, que estaba retirada en Jerusalem, siguiendo en aquella veneracion que habia tenido al heresiarca, sostenia á sus seqüaces, y por esta proteccion habia llegado la Palestina á ser el teatro de sus furores. Un monge llamado Teodosio halló el medio de imponer á esta princesa, y

de insintarse en su confianza por el falso zelo contra el nestorianismo; con el qual extendia por todas partes que el concilio de Calcedonia habia santificado los errores; y sublevaba y excitaba el pueblo á la sedicion hasta deponer á Juvenal obispo legítimo de Jerusalem, para que en su lugar le eligiesen á él. En tiempo de este intruso, mas digno de mandar una tropa de salteadores, que de presidir en la junta de los fieles, se esparcieron por todas partes una gran multitud de monges sediciosos, que forzaban las casas de los que habian adherido al concilio, robaban, quemaban lo que encontraban en ellas, y maltrataban á los dueños, y los mismos excesos se cometian en Alexandria, Egypto y otras muchas partes del Oriente; de manera que ni en las irrupciones de los persas y bárbaros que se echaban sobre las provincias del imperio, se causaron asolamientos mas horrosos. Ni la prudencia de Marciano, ni su firmeza pudo contener los desórdenes del fanatismo, ni los sucesores fueron tampoco mas dichosos. Pues Zenon discurrendo que con imponer silencio á los defensores y enemigos del concilio de Calcedonia los quietaria, formó la famosa ley conocida por el nombre de *Henótica*, ó *edicto de union*; con la qual no satisfizo á los católicos, deseosos que todo el mundo firmase el concilio, ni á los nestorianos que demandaban su abolicion. La henótica fué tambien causa de nuevas turbulencias por los rigores que Zenon executó para hacerla recibir, y por la resistencia de los dos partidos, que á ella se negaban igualmente: los ortodoxos, porque les parecia favorable al error, aunque formalmente no se les habia manifestado; y los hereges, porque no condenaba expresamente el concilio de Calcedonia, como ellos deseaban.

En el último año de este siglo subió al trono imperial, y persiguió á los católicos Anatasio I. declarado por eutihiano. Favorecidos por él los monges, y aquellos con quien habian aumentado su partido, desde que la corte les hacia espaldas, no perdonaban á ninguno de los fieles inclinados al concilio de Calcedonia, que procuraban ponerse en defensa. Se tomaban por una y otra parte las armas, y en las discordias (que eran freqüentes) peleaban con tanto ardor unos y otros, que derramaron mas de una vez la sangre en los templos del Dios de la paz.

El eutichianismo pasó al siglo siguiente turbando la Iglesia y el imperio en tiempo de Justino el Menor, y de Justiniano; y aun entónces cobró nuevas fuerzas, con haberse apoderado del espíritu del proselitismo de algunos de sus mas zelosos seqüaces, y extendido por la Persia y otras regiones del Oriente, en donde se formó una secta muy pujante por mucho tiempo, que aun subsiste, aunque sin fama, baxo el nombre de Jacobitas, tomado por los eutichianos de Persia y Siria de Jacobo Bardeo, llamado el Zangalo ó Zanzalo, obispo de Edesa, quien fué el apóstol de su secta, despues de haber sido desposeido de su silla en el siglo sexto, quando Justiniano imperaba.

De todas las menudencias en que hemos entrado con motivo del nestorianismo y eutichianismo, resulta que estos dos errores no eran, como algunos modernos intentaron, puras logomachias, ni cuestiones de palabras mal entendidas. Porque dos personas ó una sola persona resultante de dos naturalezas unidas en una misma hipóstasis; dos naturalezas confundidas, identificadas, que no forman mas que una; ó dos naturalezas distintas realmente así despues de la union como ántes, conservando cada una sus atributos y sus propiedades, son ciertamente cosas muy diferentes. Sea el que fuere el sentido que se aplique á las palabras, nunca podrán persuadir á los hombres ménos atentos, que tienen aquí la misma significacion; pues explican con evidencia ideas que se excluyen la una á la otra, y forman necesariamente proposiciones contradictorias. Fuera de esto, estas ideas y proposiciones, unas representan exáctamente el dogma católico y el language de la fe acerca de la union de la divinidad con la humanidad en la persona del Verbo encarnado; otras no pueden significar sino errores ó puestas á estas verdades católicas. Y así la Iglesia no ha combatido fantasmas disparando anatemas contra las heregias que se dirigian á destruir su fe; ni ménos procedido injustamente arrojando de su seno á todos los contumaces que se negaban á condenarlas con ella.

ARTICULO V.

Heregias que se levantaron en el Occidente: su origen, sus progresos y su fin.

Los sectarios con quien los padres de los primeros siglos tuvieron que combatir, tomaron de los paganos y filósofos politeistas las ideas del fatalismo, contrarias á lo que la razon y el sentido íntimo nos enseñan tocante á la libertad, que es uno de los mas preciosos privilegios de la criatura inteligente. Pero no habian disputado aun sobre el modo con que obra esta libertad, sobre las fuerzas de que está provista, ni sobre el uso que la voluntad del hombre hace de ella en sus determinaciones. Así los antiguos teólogos ocupados en refutar el error absurdo y abatido del hado, se limitaban á establecer la existencia de la libertad por razones sacadas de la naturaleza del hombre, y de su destino, de los principios fundamentales del orden moral, de la práctica de todos los legisladores, y de la constitucion de todas las sociedades, que establecieron recompensas para la virtud, y castigos para el vicio. Y entónces hablaban de la libertad, como si ella hubiera sido suficiente, sin ser dirigida por socorro alguno natural, para conducir al hombre al fin que el Criador se ha propuesto, adornándola de las facultades que la hacen capaz de practicar el bien, ó de cometer el mal. Mas quando querian dar á conocer á los hombres la excelencia del beneficio que Jesu-christo les ha concedido en manifestarse á ellos, y sacarlos del abismo en que estaba sumergido todo el género humano, se aplicaban á probar la existencia del pecado original, la penetrante herida que habia hecho á la naturaleza del hombre, la propension funesta que le ha causado hácia el mal, y la necesidad de la gracia para todas las obras sobrenaturales. Habia, pues, en los escritos de los padres dos verdades igualmente fundamentales en la religion y en la moral christiana: la una, que el hombre es libre, y puede realmente determinarse al bien ó al mal, segun la leccion de su voluntad: la otra, que desde el pecado del primer hombre transmitido á todos sus descendientes, nada puede la voluntad humana en el orden de la salvacion sin el auxilio y fuerzas sobrenatura-